

## LOS MELLIZOS

Vivo solo en un departamento en el piso 11. Es uno de dos ambientes con un agradable balcón, que aparte de un pedacito de cordillera, el resto del paisaje es un edificio de 15 pisos que me enfrenta. Debo confesar que me he convertido en un voyerista. Después de tres años podría decir que “conozco” a la mayoría de mis vecinos de enfrente.

Ahí están “los fisicoculturistas” del piso 10, que es una pareja que tienen un sauna en el balcón. Casi todos los días él entra en calzoncillo al sauna y ella al mismo tiempo hace ejercicios en su bicicleta estática, los fines de semana salen al parecer fuera de Santiago o, si hay sol se brocean en bikini y sunga. También en el 9° vive una señora de edad con un niño de unos 5-6 años, siempre están solos. ¿Será una abuela que lo cuida? ¿Los padres estarán de viaje? ¿Será huérfano? En el 5° viven dos muchachas de unos 25-30 años que siempre leen o fuman juntas en una reposera. En el piso 11° hay un tipo siempre solo, que frecuentemente sale a fumar al balcón, a veces se acompaña de un café, lo mismo que yo hago frecuentemente. Se ve como de mi edad, entre 70 y 80. No sé si existirá una especie de fuerza magnética pero varias veces me dio la impresión de que me miraba fijamente, e incluso nuestras miradas se entrecruzaron en más de una oportunidad, y yo la desvío rápidamente. Sin embargo, una tarde nos contuvimos la mirada, y yo en un gesto estúpido levanté y agité mi mano en señal de saludo. La sorpresa fue que me respondió con igual gesto. Rápidamente me sumergí al interior entre avergonzado, temeroso, y un poco ridículo. Pasaron varios días en que yo no salía al balcón, pero debo confesar que lo espiaba entre las cortinas y sus luces encendidas me decían

que estaba ahí. Ya no me interesaban ni los fisicoculturistas, ni la abuela, ni las posibles lesbianas. Además, me sentía invadido en mi privacidad, sin considerar que era lo que yo hacía permanentemente con mis vecinos. Pero aquí había algo más, un contacto visual y gestual que me inquietaba y no estaba dispuesto a mantener la situación por lo que decidí salir y enfrentarla. Mientras tomaba mi café y fumaba, indiferente, con el rabillo del ojo observaba su balcón y él no apareció en los treinta minutos que hice durar mi café. !!Con que esas tenemos¡¡, me dije, y empecé a salir con cigarros y café todos los días entre 11 y 12 a.m. Desafiante y seguro de mi virilidad, que a mi juicio se estaba poniendo en juego frente a un extraño. Antes de una semana lo vi con el rabillo del ojo como aleteaba tratando de llamar mi atención en una forma tan ostentosa que consideré que sería una descortesía no darme por aludido y le respondí. Me empezó a hacer unas señales indicándome el café del primer piso de mi edificio y con la típica señal del básquetbol para indicar un minuto, (una mano indicando la palma de la otra, formando una especie de T). Clarito: "Juntémonos en el café de tu edificio en un minuto". Dudé un instante, pero pudo más la curiosidad y la decisión de aclarar esta situación definitivamente. Le hice la señal del dedito para arriba y entré, me puse una casaca y me peiné y al mirarme al espejo reparé en que estaba mal rasurado, pero al instante me recuperé, en lo que me pareció un gesto poco viril y bajé enojado conmigo mismo.

¡¡Dos capuccinos y cuatro medias lunas!! Fue la orden al mozo en el que noté una mirada extraña como de complicidad. Evidentemente, ya estaba un poco paranoico. "Sergio Aldunate, gusto en conocerte" fueron sus primeras palabras, que me dejaron

helado puesto que mi segundo nombre es Sergio y mi el segundo apellido Aldunate. No quise explicarle que hasta los 18 años yo me llamaba Sergio Aldunate Aldunate pero a esa edad mi padrastro decidió darme su apellido y el nombre de su padre y pasé a ser Alfonso Sergio Pérez Aldunate. Después de las presentaciones de rigor noté su ansiedad por contar su vida: separado, tres hijos, dedicado a las importaciones de insumos para la minería. Yo resumí al máximo mi vida y a la media hora, de acuerdo con lo previamente convenido, mi secretaria me llamó por una "urgencia", me excusé y subí, no sin antes intercambiar teléfonos.

Las soledades tienden a atraerse. Ya bastaba un telefonazo para que nos juntáramos en el café. Nos decíamos tocayos, incluso mellizos, decía él. Hablábamos al comienzo de temas trascendentales, típicos de hombres, o sea, mujeres, autos y fútbol. Pero con el tiempo, de las anécdotas pasábamos ocasionalmente a temas más personales. Él tenía una separación reciente, tres hijos en la universidad, una pensión por los hijos y una sensación de fracaso en la vida sumado, a que, según él, los chinos le estaban levantando a las mineras. Yo una separación antigua, hijos profesionales y económicamente autosuficiente y con varios hobbies y grupos de amigos Llevaba una vida más equilibrada. Me sentí en la obligación de apoyarlo e íbamos juntos al cine, lo motivé a tomar unos cursos en un instituto etc. Pero llegó la pandemia, aislamiento, mascarillas etc. todo lo que redujo nuestro contacto a algunas llamadas telefónicas. No sé cómo, pero cayó con Covid por lo que se tuvo que hospitalizar, felizmente sin intubación. Lo fui a visitar a su departamento, con todas las precauciones del caso. Dije departamento, pero en realidad era una cueva con mobiliario básico: su cama y un sillón cama para la

auxiliar que lo cuidaba 24 hrs. Se fue recuperando lentamente. Pero ya no tenía ganas de vivir. Un día llegó a decirme que si tuviera fuerzas se tiraría por el balcón, pero que antes, me llamaría para que lo viera caer...pero empezaron a venir sus hijos a verlo lo que me produjo un alivio en el sentido que contaba con ese apoyo y nos distanciamos un poco.

Retomé mis actividades sociales una vez suspendida la alerta sanitaria, me fui a hacer un chequeo médico por unas molestias abdominales y ¡¡Sorpresa!! Cáncer de páncreas con metástasis y pronóstico de dos a tres meses de vida. No le conté a nadie. Me encerré a esperar el desenlace. Un día, a las 11 de la mañana sentí un gran dolor en el pecho, era como que un elefante me pisaba. Un infarto, pensé, y estiré la mano para tomar el teléfono y llamar por ayuda cuando éste comienza a sonar. Y escucho “Asómate al balcón”, corrí la cortina y lo vi caer junto a mi última bocanada de aire.

Tenía razón mi vecino, éramos mellizos, no al nacer, sino al morir. O tal vez al entrar en otra vida....